

Hegel-Straus. Lo que es determinante, en la fe, para la primera posición no es el Cristo histórico, real, sino su idea" (*ibidem*). En el *Cristo de la fe*, lo importante *no es Cristo, sino la fe* del hombre. Es, pues, puro inmanentismo. De ahí que prácticamente termina la exposición filosófica, pasa a documentarla en el periodo estudiado en Del Noce —*Crisis y modernidad en Augusto del Noce* (págs. 183 y sigs.)— y excursos sobre la transición cultural en la cristiandad, *Erasmus: error de perspectiva* (págs. 139 y sigs.). Interesante, pues indica el nacimiento de algo bueno en sí, pero que comportaba el peligro de desequilibrio con las fatales consecuencias que se han seguido: *el humanismo cristiano* con la doble tentación de materialismo o de un espiritualismo desencarnado, *la fuga platónica de la locura del mundo* (págs. 194 y sigs.) que terminan con *el fracaso de una perspectiva* (págs. 194 y sigs.) a la que terminará oponiendo un *diálogo con Massimo Cacciari: O una Presencia o la mística* (págs. 200-final).

ANTONIO SEGURA FERNES

José Luis Molina Martínez: ANTICLERICALISMO Y LITERATURA EN EL SIGLO XIX^(*)

Se ha puesto de moda el estudio del anticlericalismo. Recientemente he leído el tomito de *Ayer*, a cargo de Rafael Cruz (1997), el todavía de menos páginas del jesuita Revuelta (1999) y el ya más voluminoso coordinado por Emilio La Parra López y Manuel Suárez Cortina (1998). Y, ahora, el que paso a comentar. Parece mucho anticlericalismo para tan pocos años. ¿Será una epidemia? ¿De lo que hay en el corazón habla la boca?

No tenía noticias de este autor que por la bibliografía veo tiene varias publicaciones literario-religiosas de carácter local.

(*) Universidad de Murcia, Murcia, 1998, 402 págs.

Concretamente murciano. Este libro es general pues se refiere a toda España. Y sus presupuestos ideológicos son claros. "De no haberse llevado a cabo esta alianza (entre el Altar y el Trono), ni la connivencia del clero con los opresores del pueblo, ni la oposición de la Iglesia al progreso, no se habría producido el anticlericalismo moderno" (pág. 15). Pues empezamos bien.

Bastantes de los anticlericales fueron curas renegados que al no poder conciliar concubina y ministerio optaron por dejar la Iglesia y arremeter contra ella. Sin duda, la culpable debió ser también la Iglesia por empeñarse en el dichoso celibato. También contribuyó a ello la existencia de los frailes, "quienes gozan de mayor impopularidad y son criticados por todos los estamentos desde tiempos inmemoriales" (pág. 22). Clara culpa de la Iglesia por no haber suprimido a los frailes. Que, a mediados del siglo XVIII ya no los aguantaba nadie (pág. 23). Pues no son esos los datos que nos suministra la historia. Ni tampoco los que nos da Molina. Claro que si tenemos en cuenta que "coincidiendo con la subida al solio pontificio de León XIII, el mismo clero intensifica la campaña en contra del celibato sacerdotal iniciado desde la prensa masónica y librepensadora" (pág. 30), podemos escribir cualquier historia.

"La primera novela anticlerical que circula en el siglo XIX es *Cornelia Bororquia*" (pág. 57). Una deleznable novela antiinquisitorial escrita por un clérigo renegado que terminó siendo ejecutado por los patriotas en la guerra contra el francés. Como obra literaria es pésima y ni siquiera Molina se atreve a ensalzarla mucho. Después se ocupa de Blanco White, también clérigo renegado. Es persona demasiado conocida como para que insistamos en él. Y Juan Antonio Llorente, de quien podemos decir lo mismo. Así como de Gallardo. Los comentarios del autor son elementalitos. Algo más elaborados los de Gutiérrez y Gallardo.

El reinado de Fernando VII lo comienza con una afirmación pasmosa: "fue una revolución liberal la que repone al monarca" (pág. 88). Desde luego, una revolución tan liberal que lo prime-

ro que hizo, cuando Fernando llegó a España, fue reponerle en sus derechos absolutos. En medio de un clamor popular indescriptible. Pero el autor encontró un folleto de un periodista anónimo que decía lo contrario y se lo creyó. Menéndez Pelayo está, naturalmente, muy superado, pero ese periodistilla es el oráculo de Delfos.

De la época fernandina —también fue fernandina la anterior desde el motín de Aranjuez pero no haremos de ello *casus belli*—, estudia a Bernabeu, otro clérigo jansenista; a Villanueva, ídem de ídem; a Miñano, cura renegado y amancebado; a Clararrosa, ídem de ídem; a Puigblanch, jansenizante también, siempre al modo del jansenismo hispano magistralmente definido por el egregio santanderino al que estos *mindundis* se empeñan en vano en minusvalorar; a Valentín de Llanos, el segundo seglar de esta nómina; a Matías Vinuesa, clérigo tradicional que no sabemos qué pinta en esta historia y al absolutista Ostolaza que tampoco de anticlerical tenía nada.

El reinado de Isabel II prácticamente se inicia con la "matanza de frailes". Y este genio nos descubre que tal hecho "tiene un significado anticlerical" (pág. 134). Confieso que no me había dado cuenta de ello hasta que Molina me lo descubrió. ¿Y yo que me creía que era un grandioso acto de culto sólo comparable a la procesión del Corpus de Toledo? De esta época se ocupa de Vicente Salvá, Joaquín del Castillo Mayone, Juan García de Villalta, Eugenio de Ochoa y Antonio Gil de Zárate. Todos glorias insignes de nuestra literatura. Balmes, Donoso y Aparisi Guijarro comparecen para llenar páginas pues nada tienen que ver con el anticlericalismo. José Somoza, que algún mérito sí había contraído, es apenas citado como Roballo, Rodríguez, Riera y Comas, Baralt, Fernández Cuesta, Pastor de la Roca, Bofanull, Letamendi y algún otro. También casi todos glorias de nuestras letras.

La "Gloriosa" le da ocasión de rozar el krausismo, con mención de nuevos curas renegados: Fernando de Castro, Hernández Ardieta, Barnés, García de Mora, Miras, Sala y Villaret. Barnés, por sus orígenes murcianos, es el estudiado con más deten-

miento. Mención, de refilón, a Aguayo, el Padre Cabrera, Alonso Marselau, Simó y Soler, Fernández Chacón, Sánchez Meneses, Palomares, Celedonio Martínez, Fray Pablo Sánchez, Calderón... Los abarraganados no son la excepción.

El antijesuitismo de Miguel Mir y de Pey-Ordeix, común en ambos no autoriza a hacer jesuitas a los dos. Porque Pey nunca la fue pese a lo que asegura Molina (pág. 249). Chies, Lozano (Demófilo), Odón de Buen y Nakens son ya la culminación del anticlerismo más grosero. Baste citar como prueba irrefutable *Las Dominicales del Libre Pensamiento* y *El Motín*. La referencia es superficial. El P. Corbató nunca fue anticlerical sino todo lo contrario, aunque algún libro suyo terminara en el *Índice*.

López Bago, Amorós (*Silverto Larza*), Sawa, Ruiz Contreras, Blasco Ibáñez, Pérez Gutiérrez y Ferrándiz —el estudio sobre este último, otro cura abarraganado, es lo mejor del libro—, cierran el elenco del anticlericalismo encontrado por Molina en el siglo XIX. Pobre elenco. Triste elenco.

A las reservas que ya hemos señalado debemos añadir groseros errores en el autor a lo largo de todas las páginas. Hemos encontrado, y seguro que habrá más, los siguientes: A Luis Gutiérrez, autor de *Cornelia Bororquia*, lo hace exdominico (pág. 67), el *Diario de Sesiones de las Cortes* (VII, Madrid, 1870, 5.276) nos dice que era trinitario calzado. Confunde al obispo de Segovia, José Antonio Sáenz de Santa María, con su sobrino, que lo fue de Lugo y Cartagena, José Antonio Azpeitia y Sáenz de Santa María (pág. 78). Hace al diputado gaditano Simón López, obispo de Orihuela, cuando no lo será hasta 1814, una vez disueltas las Cortes (pág. 79). Parece que no es mucho su conocimiento sobre los diputados de Cádiz pues a Manuel Freire Castrillón le llama Antonio (pág. 79) y dice que "Villanueva se había dado a conocer por las *Cartas de D. Roque Lea*" (pág. 96). Joaquín Lorenzo Villanueva se había dado a conocer por muchas cosas cuando llegó como diputado a Cádiz pero no por esas *Cartas* que son del Trienio. Es de aurora boreal afirmar del mismo diputado que "los ilustrados y los josefinos del exilio tampoco lo acogen, al principio, con mucha simpatía, al recordar sus posturas conservadoras

en algunos puntos en el inicio de las Cortes de Cádiz" (pág. 96). Fue una de las principales cabezas del partido liberal en las Cortes por lo que sus veleidades ultra-absolutistas anteriores estaban más que perdonadas. Sus discrepancias con algún otro ilustre exiliado eran personales y literarias y no políticas. De Clarrosa dice que fue encarcelado "a finales de 1821" (pág. 120) y "a comienzos de 1822" (pág. 109), si bien parece que sólo lo fue en una ocasión. Llama a *Natanael Jomtob*, Natanael Jombton (pág. 121), aunque en la página 59 había escrito correctamente el nombre. Dice que Valentín Llanos nació en 1785 y murió en 1885 (pág. 123). Llegar a centenario no es común, pero posible. Sin embargo, Janke dice que nació en 1795, con lo que moriría nonagenario, edad a la que tampoco llegaba todo el mundo. No quiero decir con esto que el acertado sea Janke, sólo señalo la discrepancia.

Afirma que el cura Vinuesa fue fusilado (pág. 126), cuando las historias no narran de ese modo su asesinato en las cárceles liberales. Al "significado anticlerical" de las matanzas de frailes (pág. 134), ya nos hemos referido. ¿Cuál es el derrocamiento de Luis Felipe Napoleón? (pág. 143). Llama al conde de Montemolín, conde de Miramolín (pág. 171). ¿Sería el hijo de Don Carlos un invasor musulmán? Por aquello del Miramamolín. Llama al egregio obispo de Lérida y Barcelona y arzobispo de Tarragona, José Domingo Costa y Borrás, J. Domingo y Costa (pág. 174), con lo que no es arriesgado pensar que nada sabía de uno de los obispos más ilustres del siglo. Hace a Aparisi y Guijarro "representante del tradicionalismo carlista" (pág. 175), antes de serlo. Dice que Alguacil fue obispo de Murcia en 1877 (pág. 177), y es de la región de la que más sabe, cuando creemos que lo fue en 1876. Afirma que en la "Gloriosa", González Bravo "aplica la ley de fugas" (pág. 192), cuando todo el mundo sabe que dicha revolución le arrojó del poder. Llama a Lloréns y Barba, Lloret y Barbá (pág. 203) y creemos que, además, se equivoca en sus fechas. Dice que Antonio Sánchez Menceses abjuró en 1877 (pág. 239). Ciertamente abjuró en 1871. ¿Volvió a hacerlo en 1877 o es otro error? Nunca había oído hablar del

"intento de implantar a Carlos VII a la fuerza en el trono por el obispo de Oviedo Martínez Vigil" (pág. 244). El ovetense era un dominico más bien dinástico como fiel discípulo de su hermano de Orden fray Ceferino González. Era además criatura de Alejandro Pidal. Nada le hace sospechoso de carlista. Y menos por la fuerza.

Llama a Carlos Luis Alvarez, *Cándido*, Luis Alvarez, *Cándido* (pág. 244). Afirma que "los liberales del XIX hacen lo mismo (que los absolutistas del XVIII, expulsando a los jesuitas) en 1820, a tan sólo doce meses de su regreso de Italia" (pág. 247), cuando habían regresado bastante antes. Y como los jesuitas no son su fuerte añade que "regresan al final del Trienio y vuelven a ser expulsados en 1868" (pág. 248). Como si Torneo no hubiera existido y no los hubiera expulsado en plena minoría de Isabel II. Y ya hemos dicho que hizo jesuita a Pey Ordoix, que nunca lo fue (pág. 249). También afirma que el P. Miguel Mir reingresó en la Compañía de sus odios (pág. 252). Con lo que me imagino que se habrán revuelto en la tumba los huesos de Mir y los de todos sus ex-hermanos de entonces. Como al afirmar que la *Historia interna* del ex-hijo de San Ignacio no es una obra antijesuítica (pág. 252).

Fecha la *Historia de la masonería* de Vicente de la Fuente en 1933 (pág. 256), cuando hay una edición muy anterior. Asegura que *El Siglo Futuro* "fue amonestado e incluso anatematizado en ocasiones" (pág. 296). Ciertas las amonestaciones, hubo obispos que lo prohibieron en sus seminarios o a sus sacerdotes, pero más por la vía indirecta de no nombrarlo entre los periódicos que podía leer su clero, sin embargo, el anatema es algo mucho más serio que no tengo noticia se hubiera producido. Desde luego, en el *Índice* no estuvo nunca. Hace a Pozuelo y Herrero, obispo de Plasencia, de donde nunca lo fue y le llama Pedro, cuando se llamaba José (pág. 313).

Son muchos errores. Y bastantes, garrafales. Creemos que por todo lo expuesto, el lector podrá hacerse idea del libro.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA